ESCRIBIR ES PONER EL CUERPO, POESÍA DE MUJERES DURANTE LAS DICTADURAS

* * *

WRITING IS PUTTING THE BODY, POETRY OF WOMEN DURING THE DICTATORSHIPS

Sandra Ivette González Ruiz[1]

Sección: Artículos
Recibido: 30/05/2022
Aceptado: 17/06/2022
Publicado: 11/07/2022

Resumen

En el presente texto abordo la escritura de las mujeres durante la dictadura teniendo como eje central el cuerpo y la idea de que las mujeres escribimos con y desde el cuerpo. La poesía escrita por mujeres desde los distintos cautiverios de las dictaduras fue una estrategia política para recuperar la palabra y el cuerpo, nombrar la violencia y las diversas historias y situaciones de las mujeres. Reviso la noción "poner el cuerpo" pensada desde la organización de las mujeres y feministas y sus implicaciones en la escritura para rearmar el "territorio poético".

Palabras Clave: escritura de mujeres, cuerpo, dictadura.

Abstract

In this text I talk about the writing of women during the dictatorship, having the body as the main axis and the idea that women write with and from the body. The poetry written by women from the different captivities of the dictatorships was a political strategy to recover the word and the body, to name violence and the diverse stories and situations of women. I review the notion "poner el cuerpo" thought from the organization of women and feminists and its implications in writing to rearm the "territorio poético".

Key words: women writing, body, dictatorship

[1] Profesora de la Facultad de Estudios Superiores Acatlán. Correo electrónico: san27gon@gmail.com ORCID: 0000-0001-5607-8083.

Escribir en dictadura

Durante el 2018 mantuve entrevistas, diálogos, charlas de café y pasillos con mujeres que escribieron durante las dictaduras en Chile y Argentina; uno de mis propósitos era comprender por qué y cómo las mujeres escribieron en mitad de una época de terror y violencia, incluyendo violencia política sexual y las distintas caras de la violencia de género contra las mujeres. Mis entrevistas se extendieron a activistas, sobrevivientes, narradoras y editoras quienes, desde el sur, me hicieron entender las particularidades de la producción poética de las mujeres y la importancia de la escritura para recuperar y renombrar el cuerpo y los cuerpos históricamente violentados.

Escribir poesía durante las dictaduras fue una estrategia política para recuperar la palabra y de alguna forma el cuerpo[2]. Las mujeres escribieron poesía desde diversos espacios y plantearon formas distintas y disidentes de escribir y poetizar. Detonaron elementos asignados tradicionalmente a la literatura femenina y politizaron, desde la poesía, los espacios domésticos y privados conformados como cautiverios. En medio del terror y de una violencia que pretendía despedazar incluso estas formas estéticas, crearon. A lo largo de las diferentes entrevistas que realicé y de las charlas informales las poetas me contaron lo que implicó y significó la poesía para ellas: una estrategia para recuperar la voz, escribir o volver a escribir implicó "sacar la voz" desde lo recóndito donde había sido obligada a permanecer, rearmarse y, por supuesto, rearticularse con otras personas. La poesía escrita por mujeres durante la dictadura compone una memoria carnal, afectiva, emocional y activa, no sólo es un testimonio.

Desde la dicotomía cartesiana y la visión patriarcal y biologicista, la división y jerarquización mente-cuerpo ha asociado a los varones a la razón y racionalidad, mientras las mujeres han estado ligadas al cuerpo y su "inestabilidad", "irracionalidad", a los afectos y emociones (Beauvoir, 1995). La escritura para las mujeres es un territorio disputado y recuperado, con diferentes aristas, dependiendo de su situación concreta en el mundo en relación con los vectores género, raza, clase, orientación sexual, etnia, etc. El cuerpo ha sido uno de los temas centrales en la crítica y reflexión feminista; ha sido resignificado y reconceptualizado para entenderlo, entre otras cosas, como soporte de la experiencia de las mujeres, no como dato biológico, sino como experiencia histórica, política y cultura. Para entender al cuerpo de manera compleja.

Los cuerpos de las mujeres diversas, leídos en el marco de las sociedades patriarcales, capitalista, colonialistas y cisheteronormadas, han sido campo de

[2] Agradezco, profundamente, las enseñanzas de Francesca Gargallo quien me acompañó en todo mi proceso de investigación sobre este tema y me ayudó a mirar a la poesía como acción, estratégica y práctica política de las mujeres. Escribir poesía es hacer algo con el dolor, con las heridas y con la violencia que vivimos. Francesca siempre viva y libre.

disputa, territorio donde se materializa la guerra (Segato, 2016); han sido vulnerabilizados, marcados, estigmatizados, disciplinados, objetualizados y, sí, asesinados y desechados. También han sido objeto de violencia epistémica al definirlos, conceptualizarlos y narrarlos desde formas homogéneas y desde visiones eurocentradas y androcéntricas. Son muchas las investigadoras que han abonado a entender la trama de opresiones, las relaciones estructurales, sociales, económicas, políticas y culturales que sostiene la violencia de género contra las mujeres y el lugar del cuerpo en ello como objeto de dicha violencia (Segato, 2016; Lagarde 2014; Castañeda, Ravelo y Pérez, 2013).

Uno de los grandes aportes de los feminismos comunitarios es pensar al cuerpo como territorio político y pensar la expropiación del cuerpo de las mujeres ligado a los procesos de conquista y colonización y al mismo tiempo la reapropiación del cuerpo estaría vinculada a la defensa de la tierra, los territorios y la importancia de las interdependencias interespecies. Como explica Dorotea Gómez Grijalva (2012), asumir al cuerpo como territorio político implica pensarlo como histórico y no solo biológico "y en consecuencia asumir que ha sido nombrado y construido a partir de ideologías, discursos e ideas que han justificado su opresión, explotación, su sometimiento, su enajenación y su devaluación. Desde esa cuenta reconozco a mi cuerpo como un territorio con historia, memoria y conocimientos" (p. 7).

Lo que me interesa reconocer en esta disertación es cómo se viven estos procesos desde la poesía escrita por mujeres. Algo muy interesantes es que las poetas chilenas que escribieron durante las dictaduras manejaban la noción de territorio poético como una forma de recuperar el cuerpo, ellas estaban muy vinculadas a los movimientos feministas y la organización de las mujeres contra la dictadura pinochetista y reformularon la manera de entender la poesía. Durante las dictaduras las mujeres escribieron en la clandestinidad, en los Centros de Secuestro, Tortura y Exterminio, desde las cárceles, las poblaciones en resistencia. Hay registro de poesía escrita por mujeres militantes que permanecen en calidad de desaparecidas. Las niñas se organizaron en círculos de escritura para hacer poesía. Una de las particularidades de este corpus diverso, heterogéneo y transgresor es la relación, representación y configuración del cuerpo en la escritura. En esta poesía se reconfigura la noción de cuerpo en relación a la tortura y la desaparición forzada, la poesía fue el primer registro sobre ello; aparecen los cuerpos de las mujeres, se nombra la histórica violencia contra ellas, se habla de violación y violencia sexual; aparecen los cuerpo desaparecidos, se nombra desde el dolor y la resistencia; aparecen los cuerpos violentados y castigados, los cuerpos rebeldes, el goce, el placer, la herida, el amor entre mujeres; también aparecen las disputas sobre las maneras de nombrar el cuerpo, nuevas metáforas desde la fuerza, la rebeldía y las posibilidades que hicieron que esta generación reventara la idea y concepto de poesía femenina, asociada a estándares y parámetros de escritura impuestos desde la mirada masculina. Es en esa época cuando surge también la crítica literaria feminista.

La poeta argentina Laura Klein (en entrevista, julio 2018) me explicó que durante las dictaduras hubo una fragmentación de todo, también en la poesía, lo que se estaba viviendo en dictadura sobrepasaba cualquier tipo de compresión, pero no sobrepasaba el contacto, algo que la poesía permitió generar. Claro, la poesía es contacto, es la forma de contactar con lo que se estaba sintiendo. En los momentos más abrumadores, más dolorosos, de mayor violencia, la escritura poética es una forma de contactar con el cuerpo, con lo colectivo, es "el contacto a tierra", lo que vuelve anclar al sentido; eso está muy presente en la escritura en los centros clandestinos de tortura, un cautiverio de violencia brutal y sin embargo se escribe poesía, se contacta con la vida.

Uno de mis primeros encuentros fue con la escritora Nora Strijelevich (en entrevista, marzo 2017), durante la dictadura se enfrentó a la experiencia del secuestro y más tarde a la del exilio. Ella me contó que lo primero que empezó a escribir en sus cuadernos durante la época de la dictadura fue poesía, la narrativa pudo articularla hasta 1982, por que la poesía ayuda a hablar de algo para lo que no se encuentran palabras, la poesía te pone adentro del lenguaje y te vincula con las emociones. La poesía te cambia el ritmo, el tiempo y permite los quiebres: "Yo siento que si empiezo a ponerlo en papel lo saco de mí, la angustia que traigo en la garganta se va de la mano al papel" y resalta que la escritura fue vital. Nuevamente aparece la idea de la poesía como parte de un proceso de sanación del trauma y el dolor, de la elaboración de la experiencia y la idea de la escritura como práctica vital para las mujeres. La poesía aparece aquí como profundamente política, como la encarnación de aquel enunciado feminista lo personal es político; la poesía fue una experiencia vital, es decir una forma de vivir y sobrevivir, no era un entretenimiento, un privilegio, algo que se hace en los "tiempos libres" o solo por placer. "Hay algo en la palabra", dice Strijelevich, "que tiene que ver con el alivio psíquico, las mujeres tenemos mucha necesidad de eso porque no nos escuchan, no nos entienden". Además, esa experiencia vital de la poesía también tiene que ver con recuperar un "yo", una voz propia, frente a las medidas aplicadas por la dictadura que, dice Strejilevich, experimentó con la condición humana, aisló a la gente e implementó un proceso de despersonalización radical, "torturarte hasta que no te queda otra cosa más que un grito" y es en la poesía donde ese grito encontró su lugar.

Cuando volví del sur visité enseguida a Francesca Gargallo, una de mis tutoras de tesis y guía, chamana y maestra en todo este proceso; estaba ansiosa de platicarle todo lo que me había pasado y lo que me contaron las mujeres con las que pude dialogar. En ese encuentro dialogamos mucho sobre la escritura de las mujeres y las enseñanzas del movimiento feminista chileno contra la dictadura. Yo planeaba iniciar mi trabajo de investigación con un capítulo sobre la violencia política sexual y la violencia de género que vivieron las mujeres; Fran me dijo algo como: ¿Por qué iniciar por la violencia, si inicias por la violencia parece que somos víctimas y por eso escribimos? Pero no es así, somos poetas por eso escribimos, la escritura es una acción, como en otras ocasiones ese diálogo transformó mi

mirada sobre la poesía. Escribir es una acción, la poesía fue, también, una estrategia política de las mujeres para denunciar, testimoniar, recuperar la voz, la palabra y letra históricamente negadas. Escribir es hacer algo con el dolor y las heridas. Renombrar y resignificar el mundo. Recuperar el cuerpo.

Una de las experiencias más ricas y conmovedoras que viví durante mi estancia de investigación en Chile fue mi encuentro con la poeta Heddy Navarro, en Niebla, Valdivia. Tenía un especial interés en esta poeta por su historia personal, en México me encontré su poema "Proclama I", del libro Poemas insurrectos (1988), un poema donde Navarro hace confluir la militancia política desde el cuerpo de mujer, como en una suerte de mensaje contra la muerte hace un llamado a la huelga y a la organización a partir de la insubordinación de los afectos:

> Me declaro ingobernable
> y establezco mi propio gobierno
> Inicio un paro indefinido
> y que el país reviente de basura
> esperando mis escobas.
> Soy mujer de flor en pecho
> y hasta que se desplomen los muros de esta cárcel
> Me declaro
> termita, abeja asesina y marabunta
> y agárrense los pantalones
> las faldas ya están echadas.
> (Navarro, 1988, p.11).

En el poema Navarro conforma metáforas relacionadas a la fuerza, la organización y los animales, algo no común en la poesía llamada femenina; como otras Heddy Navarro estaba construyendo otra manera de hacer poesía, ella lo hace desde la insurrección de la palabra y el cuerpo. Heddy estuvo detenida desaparecida por 15 días, enfrentó el exilio y otras violencias, la escritura, como me contó, le ayudó a rearmar su voz.

Escribir y poner el cuerpo

> "Escribir con el cuerpo", como lo planteó Woolf y se propone Hélene Cixous, es sólo el principio. Tenemos que reescribir el mundo.
>
> Úrsula K. LeGuin

"¿Cómo reescribimos el mundo cuando 'las herramientas del amo nunca desmontan la casa del amo'?", se pregunta Gabriela Jáuregui (2018) en su texto "Herramientas desobedientes", aludiendo a la famosa idea de la poeta y teórica feminista Audre Lorde. Jáuregui renuncia a la imagen de que una mujer escribiendo es igual a una mujer tomando dictado o a una mujer muerta,

silenciada, encajuelada, descuartizada y se pregunta ¿cómo contamos nuestra insubordinación?, hace entonces un recuento de los diferentes métodos que han utilizado las mujeres para "cuidar y defender su lengua" como a su territorio,

> pienso en esa mujer que cosía quilts, cobijas con mensajes encriptados en sus diseños para comunicar mensajes en el ferrocarril subterráneo de esclavos, o en las mujeres que todavía hoy en países del oriente medio y lejano tejen tapetes con mensajes en los nudos. (Jáuregui, 2018, p. 91).

Hay una historia o mejor dicho historias diversas de mujeres que han emprendido luchas por recuperar, rearmar, rearticular sus voces, su palabra, su lenguaje. Muchas mujeres han sido silenciadas, es cierto, muchas no tuvieron y no pudieron construirse las herramientas necesarias para nombrar, decir y hablar de su dolor. Personalmente pienso en mi abuela Roberta, una bruja oaxaqueña que a los 59 años se desmayó en la cocina de su casa, fue cuando descubrimos el tumor que ya le traspasaba la espalda, mi abuela murió de un cáncer de mama que no pudo nombrar, porque no pudo parar, no pudo dejar de sostener. Brenda Lozano (en Jáuregui, 2018) recupera en su texto "No a dónde va, sino de dónde viene" la historia de la menor de trece años que se suicidó luego de que la violaron y dejó escrito en su cuerpo los nombres de quienes la abusaron. Utilizó su cuerpo para ser escuchada. No es una sorpresa reconocer que incluso entre nosotras hay voces que son más escuchadas que otras, hay voces que no importan. Vuelvo a pensar en las veces que recorrí los ex centros de tortura y exterminio; en Londres 38, en Santiago, me hablaron de la poesía que las y los detenidos escribían en las paredes; vuelvo a pensar en las mujeres que escribieron en los centros clandestinos y pasaron su poesía a sus compañeras cuando sabían que iban a ser asesinadas, en las maneras en que fue "vital" que esa poesía saliera viva. Somos parte de la historia del silenciamiento, no nos anunciamos aún como mujeres que pueden escribir o que escriben libremente porque otras no pueden hacerlo; hace un tiempo entre compañeras hablábamos de las cientos de poetas que deben estar ahí, escribiendo y que nunca podremos leer o de las que dejaron de escribir porque les dijeron que no podían.

Somos parte de la historia del silenciamiento, como lo somos de las múltiples formas de romperlo, de poner y reapropiarse del cuerpo y del cuerpo-palabra. Después de leer el texto de Úrsula K. LeGuin (1992) y la lectura que Gabriela (2018) hace de este en Tsunami, entiendo que ambas exploran los procesos de escritura de las mujeres, sus contextos, las formas, los lugares en los que escriben; Úrsula habla de lugares "invadidos" sin posibilidades de un cuarto propio por los "deberes" de las escritoras (la maternidad, el trabajo de reproducción, trabajo doméstico, afectivo, de cuidado, etc.), de las condiciones en las que tienen que escribir y que las obliga a dejar de lado o en segundo término la escritura. Úrsula problematiza también la idea de la "incompatibilidad" entre ser madre y ser artista. Mientras Jáuregui, situada desde México, habla de condiciones de violencia, represión, censura, para la escritura de mujeres; todo eso me hace me

hace volver a mirar esos textos que ya están escritos a partir de las entrevistas con las poetas, escritoras, editoras y sobrevivientes, sobre sus procesos de escritura durante la dictadura, punto donde puse el acento y del que salieron varias anécdotas relacionadas con las formas particulares de violencia a las que se enfrentaron, a sus condiciones dentro del campo literario, a la vida en las poblaciones, en la clandestinidad y en la cárcel y claro la vida con sus compañeros, como madres y en sus otros oficios: una letra marcada por la violencia, el cautiverio, también por la maternidad, el trabajo de cuidado, de reproducción, afectivo, por su deseo y amor hacia otras mujeres, etc.

Son variados los análisis a propósito del control, disciplinamiento y despojo de nuestros cuerpos como parte indispensable para entender el capitalismo patriarcal colonial. Como reconoce Silvia Federici (2016), por ejemplo, la cacería de brujas, la degradación de las mujeres, la invisibilización de nuestros saberes, experiencias, legados, junto con el cercamiento de tierras y la colonización fue parte indispensable para el proceso de acumulación originaria. "En la lengua del feminicidio", escribe Rita Segato (2016, p.47), "cuerpo femenino también significa territorio y su etimología es tan arcaica como recientes son sus transformaciones". Segato profundiza en la violación como acto domesticador y de apropiación del territorio por el grupo vencedor, y sobre cómo en estas nuevas formas de la guerra, en la esfera de la paraestatalidad, la violencia sexual contra las mujeres ha dejado de ser un efecto colateral de la guerra para convertirse en un objetivo estratégico y hasta fundamental. Es en los cuerpos de las mujeres y particularmente de las empobrecidas, mestizas, racializadas, donde se inscribe y donde se desarrolla la guerra. Ante estos procesos, me parece fundamental volver a la importancia de construir una memoria de las históricas estrategias de sobrevivencia de las mujeres a la violencia, y es ahí donde el abanico es bastante amplio, es importante historizar las estrategias creativas, la poesía, como parte de la reflexión por recuperar, sanar, comprender el cuerpo/palabra como territorio. La feminista comunitaria territorial Lorena Cabnal habla del cuerpo-territorio pues reconoce que es sobre los cuerpos donde se han construido las opresiones por las disputas de los pueblos y territorios. Cuerpos que han sido también objeto de despojos y saqueos. Desde nuestras distintas posiciones históricas y sociales nuestros cuerpos llevan las marcas del despojo, la opresión, el disciplinamiento férreo. Escribir y habitar desde un cuerpo en guerra, como me dijo la poeta chilena Malú Urriola (en entrevista, Santiago, marzo 2018), pasa por otras disputas simbólicas y materiales de la palabra. La expropiación de nuestros cuerpos como la expropiación de la tierra, implica también una expropiación de saberes, palabras, un universo de representación. En nuestros cuerpos se inscribe la memoria de las violencias personales y colectivas. Me parece que esa es una de las bases más importantes por la que los feminismos parten de pensar desde el cuerpo, vuelvo a Pizarnik con su poema: que tu cuerpo sea siempre un amado espacio de revelaciones. Las mujeres escribimos con y desde el cuerpo.

Poner el cuerpo

La investigadora Alejandra Restrepo (2016), para su análisis de la genealogía feminista como metodología de investigación, revisa las dos vertientes que el feminismo ha retomado de la propuesta foucaultiana, por un lado, la relación cuerpo-historia; "el cuerpo impregnado de historia"; para el feminismo el cuerpo es el territorio donde se encarna la experiencia historizada. Los feminismos han buscado trazar, complejizar y representar la trama de la violencia que se anuda en nuestros cuerpos, así como disputar otras formas de representar y pensar el cuerpo "de mujer" asumiendo la categoría "mujer" como variable, social y culturalmente construida; desde la marginalidad de los cuerpos, las opacidades, desde cuerpos-otros que proponen formas diversas de entender el clásico cuerpo asociado a las mujeres, ahí la experiencia de las compañeras trans ha sido vital. Desde el arte, la acción política en las calles, la literatura y la movilización social también se ha disociado la trama patriarcal constituida sobre nuestros cuerpos para desbordarla y reelaborarla.

Poner el cuerpo es un enunciado para hablar de las diversas acciones que hicieron las mujeres organizadas y feministas, desde mi punto de vista escribir poesía fue parte de este poner el cuerpo. No está sólo la historia de los cuerpos torturados, apresados, exiliados, desaparecidos o quizá porque está esa historia están también la de las diversas formas de poner el cuerpo y desde el movimiento feminista y de mujeres las formas de desarticular y reinventar ese cuerpo expuesto que se rebela. Andrea Giunta (2018) da algunos apuntes sobre esta noción de poner el cuerpo a partir del análisis de la obra de la artista uruguaya Nelbia Romero quien trabajó durante la dictadura y de su entrevista personal al historiador del arte Gabriel Peluffo Linari. Poner el cuerpo fue una consigna que se cargó de sentido hacia finales de los años sesenta por la resistencia de los y las manifestantes ante los ataques de la policía, y la intervención de artistas y sus formas de representar la resistencia urbana. Hay una resignificación poderosa que se gesta durante los setenta a propósito de la dictadura sobre la frase poner el cuerpo, en un momento de cuerpos perseguidos las madres de Plaza de Mayo pusieron el cuerpo dando rondas que, por supuesto, descolocaban el cerco impuesto por la dictadura y politizaban la maternidad en el espacio público; también aparecen las protestas de mujeres en Chile y sus variadas formas de reapropiarse de la calle, del barrio, de intervenir instituciones. Para mí la poesía es parte de esta forma de resignificar el poner el cuerpo, por los riesgos que implicaba escribir sobre la violencia durante las dictaduras, pero también por las formas de intervenir, mover, descolocar y en algunos casos reventar las formas tradicionales de representar el cuerpo y pensar la palabra de las mujeres. Como señala Andrea Giunta (2018), la época de las dictaduras se conecta con una reflexión, comprensión y representación distinta del cuerpo femenino, conformada en diferentes países latinoamericanos a partir del movimiento

feminista desde los años sesenta, formas que buscaban señalar la tortura y las diversas formas de disiciplinamiento ejerrcidas sobre el cuerpo de mujer (y los cuerpos feminizados), hubo:

> Una compresión distinta del cuerpo femenino, entendido como espacio de expresión de una subjetividad en disidencia respecto a los lugares socialmente normalizados. Las representaciones del arte y del activismo feminista interrogaron las claves del disciplinamiento del cuerpo femenino cuya contracara era el disciplinamiento masculino. (Giunta, 2018, p. 13).

Ejemplos hay varios, entre ellos: la foto de Julieta Kirkwood siendo apresada, de las mujeres embestidas por los guanacos o vestidas de negro con los ojos cerrados, esos cuerpos agrupados y protestando desde el movimiento de mujeres y feminista desafiaba la lógica dictatorial patriarcal. En la poesía se siente también esa reapropiación del cuerpo.

> Desde el antiguo testamento la mujer es tentación y pecado: es la metáfora general de aquello que debe controlarse, reglamentarse, ordenarse. A ello se han dedicado los más sofisticados mecanismos sociales, políticos y culturales. En cierto punto, el control del cuerpo femenino réplica el control social de los cuerpos en general. (Giunta, 2018, p. 14).

¿Cómo y de qué forma la poesía escrita por mujeres contribuyó en fisurar esto, cómo lo hizo desde el cautiverio? Pensar que el patriarcado/capitalista/colonial también construye subjetividades, que el proyecto disciplinador, moralizador y autoritario de las dictaduras estuvo también enfocado en moldear subjetividades y anular otras formas posibles de ser y sentir, se puede entedner a la poesía como una manera de defenderse de estos procesos y de imaginar y ensayar otras formas posibles de vivir. La poesía disputa la subjetividad, es decir: la forma de pensarnos, sentirnos y de representarnos personal y colectivamente en el mundo. Por eso pensar en la poesía y en el lenguaje y en la apuesta de estas poetas por romper patrones, la tradición, el canon y el lenguaje patriarcal es tan importante, porque implica construir otras miradas sobre "lo femenino", sobre el ser mujer, otras hablas, otros imaginarios, otros afectos, otra memoria. Desde los aportes del feminismo de la diferencia, pero también desde los aportes de los feminismos del sur, comunitarios e indígenas hemos resignificado y reivindicado que las mujeres escribimos con, desde y poniendo el cuerpo.

Como ha expuesto Barbara Sutton en diferentes trabajos, entre ellos, "Poner el Cuerpo: Women's Embodiment and Political Resistance in Argentina" (2007), "poner el cuerpo" como práctica política ha sido resignificada por los movimientos de mujeres y feministas. Para la autora, las mujeres definen "poner el cuerpo" en términos de colectivo, de protesta colectiva, pero también en sus prácticas diarias de resistencia. Esto genera nuevas subjetividades encarnadas que desafían los modos hegemónicos de encarnación de la feminidad (Sutton,

2007). Como ocurrió en los setentas y ochentas, los movimientos de mujeres y feministas, sus cuerpos ocupando las calles, sus cuerpos como soportes artísticos de obras contraculturales y antidictatoriales y las diferentes prácticas que se gestaron para sostener la vida como la olla común, los talleres literarios, los círculos de autoconciencia, etc., generaron subjetividades contrapuestas a la exaltada por los estados dictatoriales. En ese sentido, los cuerpos de las mujeres no cuentan solo la historia del sufrimiento y sometimiento, como dice Barbara Sutton (2007), también cuentan las historias de las diferentes prácticas de resistencia y, como diría Patricia Castañeda, incluso más allá de la resistencia, prácticas de trasgresión.

Poner el cuerpo, evoca la dimensión corporal de la resistencia política:

> "Poner el cuerpo" means not just to talk, think, or desire but to be really present and involved; to put the whole (embodied) being into action, to be committed to a social cause, and to assume the bodily risks, work, and demands of such a commitment. Poner el cuerpo is part of the vocabulary of resistance in Argentina, and implies the importance of material bodies in the transformation of social relations and history[3]. (Sutton, 2007, p. 130).

Los sesenta y setenta fueron el escenario histórico político del reconocimiento de las mujeres en la militancia activa, los terrorismos de Estado fueron el escenario de la organización política de las mujeres en todos y desde todos los espacios de la vida social. Estas prácticas cambiaron las formas de pensar los vínculos, las relaciones sociales, la historia y el propio cuerpo. Para mí, la producción poética de las mujeres está fuertemente vinculada a este proceso. Cabe resaltar que la autora no traduce al inglés el término poner el cuerpo, encuentra que, como expresión de la resistencia de los movimientos sociales en Argentina, es intraducible, porque rebasa los posibles significados: "poner el cuerpo en la línea" y "dar el cuerpo". Sutton resalta también cómo las activistas sobrevivientes a las dictaduras, que llevan en el cuerpo las marcas de las violencias experimentadas, aportan a la crítica y reflexiones actuales, ella lo enmarca en la crisis socioeconómica experimentada por la Argentina en el 2003, pero también incluye sus aportaciones en las luchas por el aborto legal. La presencia de estas mujeres en las calles también produce cambios en las prácticas políticas de los movimientos de mujeres y feministas y de los movimientos sociales (Sutton, 2007). Cuerpos que quisieron ser desaparecidos, eliminados se han consolidado como parte necesaria, vital incluso, de la resistencia política en Argentina, como es el relevante caso de las Madres de Plaza de Mayo. Como dice

[3] Poner el cuerpo no solo significa hablar, pensar o desear, sino estar realmente presente e involucrada; poner todo el ser (encarnado) en acción, estar comprometida con una causa social, y asumir los riesgos corporales, el trabajo y las demandas de tal compromiso. Poner el cuerpo es parte del vocabulario de resistencia en Argentina e implica la importancia de los 'cuerpos materiales' en la trasformación de las relaciones sociales y la historia (Traducción propia).

la autora, las mujeres han puesto el cuerpo en las luchas contra las injusticias sociales a lo largo no solo de la historia argentina sino de la latinoamericana. Y desde ahí, se acepte o no, se visibilice o no, han transformado no solo las prácticas de resistencia, si no las formas de entender lo político. Como explica Sutton:

> Many other women in Argentina have engaged in multiple practices of embodied political resistance. They contradict gendered stereotypes by actively participating in mass mobilizations, taking on roles that require bodily strength and courage, and adopting rebellious demeanors in their protests, chants, and slogans. As Nora Cortiñas reminds us, a sizable number of the people disappeared by the dictatorship were women. Many of them were activists involved in social change projects, some of them in armed organizations. Survivors' testimonies highlight the bodily risks.entailed in political activism during the dictatorship and the sexualized torture endured by the disappeared women. They also show how some of the contradictions activist women encountered were grounded in sexist constructions of the female body, both by the military and in leftist groups[4]. (Sutton, 2007, p. 150).

A modo de cierre

La expresión "poner el cuerpo" adquiere otro sentido cuando hablamos de cuerpos de mujeres imbuidos de significados tradicionalmente femeninos: pasividad, quietud, no violentos, poner el cuerpo implica entonces interrumpir los discursos tradicionales, encarnar otras formas de ser mujer (Sutton, 2007). Los periodos dictatoriales fueron épocas de violencia extrema contra los cuerpos, sobre los cuerpos, como parte de una apuesta por des-encarnar, por anular personas, por hacer desaparecer. Las mujeres, con siglos de historia de represión sobre sus cuerpos, encarnaron la resistencia, la trasgresión y la transformación; pusieron el cuerpo en las calles y articularon formas de pensar el cuerpo ausente. No es extraño entonces que uno de los principales tópicos de la poesía escrita por mujeres durante las dictaduras sea el cuerpo y que de la reflexión de las mujeres creadoras saliera la idea de recuperar, también, el cuerpo poético.

Pienso en un poema escrito por Ana María Ponce en algún momento entre julio de 1977 y febrero de 1978 durante su secuestro en la Escuela de Mecánica de la Armada y que pudo conocerse gracias a que su compañera Graciela Daleo

[4] Muchas otras mujeres en Argentina se han comprometido con múltiples prácticas de resistencia política encarnada. Contradicen los estereotipos de género participando activamente en movilizaciones masivas, asumiendo roles que requieren fuerza corporal y coraje, y adoptando comportamientos rebeldes en sus protestas, cantos y consignas. Como nos recuerda Nora Cortiñas, un considerable número de las personas desaparecidas por la dictadura fueron mujeres. Muchas de ellas eran activistas involucradas en proyectos de cambio social, algunas de ellas en organizaciones armadas. Los testimonios de las sobrevivientes destacan los riesgos corporales implicados en el activismo político durante la dictadura y la tortura sexual contra las mujeres desaparecidas. Ellos también mostrar cómo algunas de las contradicciones que encontraron las mujeres activistas fueron basado en construcciones sexistas del cuerpo femenino, tanto por parte de los militares como de las organizaciones de izquierda (traducción propia).

sacó los poemas, Ana María permanece desaparecida. En el poema, la escritura hace posible que el cuerpo se expanda, salga del encierro y se quede en la memoria de las cosas, de las calles, de las personas.

> Nada puede detenerme,
> he quedado detrás de las paredes,
> caminando siempre,
> dejando en la calle mi marca indestructible.
> Y mientras mi sombra pasa, lentamente,
> me van reconociendo los árboles, las veredas, la gente.
> Ya nada puede desprender mi alma de las cosas,
> quedó enraizada en los rostros, en las manos ajenas,
> en los ojos dolidos,
> simplemente quedó mi huella de dolor. Y alguien, espera…
> (Ponce, 2011, p. 76)

Territorio y cuerpo poético

En 1987 durante el Primer Congreso Internacional de Literatura Femenina realizado en Santiago de Chile, bajo dictadura, las poetas hablaron de un concepto: territorio poético. Un grupo de poetas, narradoras y críticas literarias se reunieron en un convento (el único lugar que consiguieron) a dialogar por primera vez sobre la escritura de las mujeres en el Chile azotado por el terrorismo de Estado. Al encuentro llegaron exiliadas inmersas en diálogos con los feminismos en México, Estados Unidos y Europa; Chile llevaba ya un tiempo intenso de protesta callejera organizada por el movimiento de mujeres y el movimiento feminista, Julieta Kirkwood había muerto ya y había dejado un legado importante sobre la situación de las mujeres en los partidos políticos, en el feminismo, en la historia. Las escritoras habían ya manifestado de formas diversas, en revistas y en actos públicos, su descontento ante las desigualdades imperantes en el campo literario, aún entre los poetas de las resistencias. En ese sentido, uno de los planteamientos transversales a todas las discusiones generadas en el congreso fue la importancia de construir un territorio poético propio y recuperar el cuerpo poético de las mujeres, silenciado e higienizado históricamente.

> Territorio poético donde son convocados y conjurados todos los males de una sociedad opresora y oprimida, signada y resignada bajo las formas dominantes, lenguaje polivalente que se erige ante un poder que exige ser cuestionado. La escritora es la hablante crítica, denunciadora elocuente de los castigos infligidos a una mayoría marginada, ausente de intercambio mercantil y del lujoso coqueteo intelectual utilizado por los sistemas de comunicación. (en Berenguer, 1993).

Como enuncia Andrea Giunta (2018) durante las dictaduras existió también despojo de la cultura, de la palabra, ante eso la respuesta de las chilenas fue

intentar rearmar esa palabra y para poetas como Carmen Berenguer, eso no implicaba volver a lo anterior sino conformar una poesía-otra que rompiera con lo tradicionalmente asignado a la literatura de mujeres y con el canon y tradición patriarcal. Las poetas dejaron pistas sobre cómo rearmar ese territorio, algo que hoy estamos haciendo: construir una tradición propia de la literatura escrita por mujeres, hacer relecturas de obras y recuperar voces poéticas y literarias excluidas e ignoradas dentro de la historia de la literatura. Reconocer el despojo del cuerpo de las mujeres y reconocer que construir un lenguaje distinto, disidente al masculino es una de las formas de recuperar también el cuerpo (poético). Posicionarse desde la historia de saqueo y pensar la colonialidad en Chile y América Latina y nombrarla en la poesía. Esta reconstrucción no implica solo conformar una tradición poética de mujeres para mujeres, sino problematizar los vacíos, silencios y opacidades en la historia de la literatura; conformar un territorio en el que las poetas puedan dialogar con quienes les precedieron desde, también, su búsqueda por recuperar la voz y en ese mismo plano, rearmar un territorio poético de la poesía escrita por mujeres debe incluir a todas las poetas, a las que escriben desde los márgenes y la periferia y a quienes escribieron desde distintos cautiverios o desde distintas zonas de resistencia, es fundamental reconocer la diversidad de las situaciones y que la escritura implicó cosas distintas para ellas, pero fue un aliciente de algo, una forma abrir candados, varios simbólicos y algunos materiales. La escritura fue una forma de poner el cuerpo y de poner en ella el cuerpo.

Otra vez viene a mi cabeza Ana María Ponce: "Para que la voz no se calle nunca, / para que las manos no se entumezcan, / para que los ojos vean siempre la luz, / necesito sentarme a escribir" (Ponce, 2011, 16).

REFERENCIAS

Beauvoir, S. (1995). El segundo sexo, Vol. I: Los hechos y los mitos. Ediciones Siglo Veinte.

Berenguer, C. y otras, (1990). Escribir en los bordes: Congreso Internacional de Literatura Femenina Latinoamericana. Cuarto Propio

Castañeda, P., Ravelo, P. y Pérez, T. (2013). Feminicidio y violencia de género en México: omisiones del Estado y exigencia cívil de justicia. Iztapalapa Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, 74(34), 11-39.

Federici, S. (2016). Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria. Tinta Limón.

Giunta, Andrea, (2018). Feminismo y arte latinoamericano. Siglo XXI.

Gómez, D. (2012). Mi cuerpo es un territorio político. Brecha Lésbica.

González, S. (2021). Cuerpo, violencia y transgresión. Constelaciones de mujeres que escribieron poesía durante las dictaduras en Chile y Argentina [Tesis

doctoral]. México: Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos, UNAM.
Jáuregui, G. (2018). Tsunami, Sexto Piso.
LeGuin, Ú. K. (1992). La hija de la pescadora. Debate Feminista (pp.3-31). https://tinyurl.com/43xaymnk
Navarro, H. (1988). Poemas insurrectos. Santiago. Literatura Alternativa.
Ponce, A. M., (2011). Poemas. Presidencia de la Nación.
Segato, R. (2016). La guerra contra las mujeres. Traficante de sueños.
Sutton, B. (2007). Poner el Cuerpo: Women's Embodiment and Political Resistance in Argentina. Latin American Politics and Societ, 49(3), 129-162. https://tinyurl.com/24fej6jf

Este trabajo está sujeto a una licencia internacional Creative Commons Attribution 4.0